

Cierto pensamiento agudo y delicado expresado habitualmente por la amiga, se acaba por verlo señalado en el rostro como un hoyuelo graciosísimo que hermosea la sonrisa.

A veces la cara queda tal como es, y son los ojos los que cambian, que se ensanchan, se hacen profundos, negros, dulces, poderosos, de manera que de toda la cara no se ve otra cosa: ó es la voz que despues de un año de amistad parece haber tomado morbidez maravillosa, ciertos acentos nuevos, un timbre misterioso, lleno de caricias secretas y de promesas confusas, que escuchais atentamente, maravillados y pensativos sin poner atencion en lo que dice.

Y entonces—un bello día—buscáis á la amiga y no la encontráis: es otra mujer—la mujer.—

Llamáis á la amistad y os salta delante el muchacho vendado y terrible que os estaba acechando hacia tiempo.

\*  
\* \*

Hay una sola amistad que dura: la de una amiga en la que el sentimiento cómico se sobreponga al afecto.

¿Quién lo dice? Es la verdad. El amor es tímido delante de la risa satírica; la alegría distrae la tentacion.

Es una amistad fácil que adelanta mucho camino en poco tiempo, porque la familiaridad nace igualmente tan pronto de reir como de llorar juntos, que son dos manifestaciones profundas del alma.

Y no importa que la agudeza de la mujer—puesto que le están vedados muchos argumentos y muchas palabras,—tenga un campo más restringido que el nuestro, donde puede herir profundiza más, porque las manos femeninas manejan más diestramente el alfiler que las manos viriles.

Ciertamente que es un placer grande el de reir de oculto con la amiga, en presencia de otros, de cosas

ó personas, de las cuales no es lícito reír abiertamente; y en las imitaciones bufas, hechas á cuatro ojos, de la voz ó del gesto de los conocidos comunes, ver asomar en la hermosa señora de treinta años, á la antigua colegiala indisciplinada y mordáz.

Pero es una amistad de corta duración. La burla se envenena sin apercibirse y se convierte en maledicencia amablemente feroz. La mujer pierde su delicadeza.

No puede hacer uso más que de la sonrisa; la risa habitual, la carcajada cómica la deforma el corazón y el aspecto.

Al cabo de poco tiempo se rogaría á la amiga que no riera más.

Aquella amistad acostumbrada á la burla, no encuentra palabras para el afecto, cuando de ellas necesita, ó no osa decirlas por temor á su propia risa;—no tiene nada de femenino;—es una amistad de jovencillos, un poco ménos libre, cortada á medida de las conveniencias;—pero en definitiva no es una cosa delicada.

\*  
\* \*

Existe otra amistad, la más delicada de todas, más bien sobreentendida que expresada; la que puede existir por un poco de tiempo, en algunos casos, raros como la poesía en la vida, entre una jovencilla y un hombre que llega á la edad madura, fino de inteligencia y noble de ánimo.

Pero casi no es amistad, porque la libertad no existe en ella; es un sentimiento que no puede definirse con una palabra; tímido casi por igual, por razones diversas en el uno y en la otra; no confesado á nadie porque no sería comprendido ó creído; trémulo y mal diseñado, como una cerilla encendida al aire libre, en la luz del pleno día.

Puede nacer en él del recuerdo de un amor antiguo, en ella de una semejanza vaga que encuentra, entre el aspecto de aquella benévola naturalidad y una imagen de juventud predilecta de su fantasía.

Puede nacer del recuerdo de una hija perdida y del afecto por un padre muerto; de una pura

admiración artística de la belleza y de una simpatía reverente é ingénua por el ingenio.

Pero se mezclaban otros sentimientos en el amigo; la curiosidad de descubrir perfumes desconocidos, bajo las hojas del capullo cerrado, de estudiar en el acto de la formación, la criatura tremenda y adorable que tiene tanta parte en su vida; y una piedad secreta por aquella juventud esperada como presa por las pasiones salvajes del mundo, y un nuevo deleite que se encuentra en aquel silencio, de mil cosas, en dar vueltas alrededor de mil obstáculos que le surgen inesperadamente delante.

Y en medio de la dulzura de un afecto casi paternal, de vez en cuando un sentimiento de amargura por los años huidos, un surgir tumultuoso de deseos, sofocados violentamente con una especie de rabioso placer.

Y despues una tranquilidad del ánimo, cansado y descontento tambien de aquella amistad, como de una hermosa novela sentimental, demasiado diversa de la realidad de la vida.

\*  
\* \*  
\*

No hay más que una amiga para el hombre: la amiga de cabellos blancos, delante de la cual, la mente se encuentra enteramente libre y los sentidos perfectamente quietos: hé ahí el ideal.

Una vieja amiga que conserva la gracia en la vejez y un no sé qué en el fondo de las pupilas y en los movimientos de los labios que ayuda á formarse una imágen confusa de su figura hermosa y viva de otro tiempo; una naturaleza alegre y fuerte que ha conocido todos los afectos: con experiencia del mundo, pero sin excepticismo; buena, con una vena sutil de humorismo; analista, hasta de los sentimientos delicados; narradora aguda de graciosas anécdotas; culta sin pedantería, rica de hermosos recuerdos de amistades y sucesos lejanos, que exige del amigo más cordialidad que reverencia, y se hace jóven con él, y cuando él ríe es una hermana, y cuando sufre, una madre, y bromeando, es maestra de delicadeza, y hablando, maestra de buen sentido.

¡Ah! La noble amiga que lo comprende todo, que siente todo, que dice mil cosas con una reticencia que nos pone la mano sobre la cabeza, cuando reclinamos la cara entre las manos, confesándola entre sollozos, la angustia de una ambición fracasada y la desesperación de un amor burlado, y nos aconseja resignación, olvido, trabajo, fé, en la potencia pacificadora del tiempo, con un sonido de voz solemne y dulce que parece que venga de la tumba de nuestra buena vieja perdida!

¡Querida amiga, inolvidable amiga, á la que nuestra juventud debe tan bellas horas de recogimiento y de silencio, fecundos en pasión y plegarias del pensamiento!



Pero, una amistad ardiente y palpitante, animada por el soplo juvenil de la mujer, ¿no es posible?

Si. Hay una amiga con la que puede darse esta amistad; una amiga, en aquel período de vida, en que aun no ha trascendido la edad que seduce y parece que ya ha empezado la edad que no seduce.

En el aspecto tiene todavía alguna cosa de la primera; en el alma ha llegado ya á la segunda, con cierta resignación melancólica y dulce, como aquellos crepúsculos de otoño, en que una gran nube sonrosada é inmóvil colora con un reflejo gracioso la solitaria campiña.

En sus pensamientos y en su voz hay alguna cosa maternal y grave; pero en su corazón hay todavía arranques y en sus ojos relámpagos de la hermosa edad que cambian por algunas horas, por algunos momentos, su mirada, su rostro, su acento, y hacen callar repentinamente al amigo, asombrado, como

ante la aparición de una larva, tentado por gritarle:

—¡Permanece así, querida amiga!

Pues bien; cuando la amistad se adormece ligeramente, estos relámpagos de juventud la despiertan, y cuando el afecto de amigo está para cambiar en otra cosa.... el relámpago ha pasado.

Así la amistad dura tranquila y viva, agitada de vez en cuando por un temblor y coloreada por una llama fugitiva, una amistad llena de voluptuosidades inexplicablemente delicadas de la imaginación y del corazón, mistas de sentimientos diversos y dulcísimos que degradan uno en otro como los colores de la luz en el prisma y se confunden cuando se fija el pensamiento: una amistad que tiene caricias en la mirada y en la voz y un apretón de manos, una familiaridad propia, ménos que fraternal, más que amistosa, respetuosa en el sentimiento, casi amorosa en el aspecto, libre y refrenada á un tiempo y objeto caro y continuo para ambos de una curiosidad pensativa y una sonrisa secreta.

\*  
\* \*

Entonces, sí, es una amistad que ensancha y rejuvenece el alma; es una dulzura y una fuerza de la vida.

Sin buscar el amor de nuestra amiga, hacemos todo lo posible porque nazca.

No es vanidad; es una necesidad invencible de gustarle para hacerse querer.

Todas nuestras facultades se aguzan y vibran.

Sin apercibirnos, corregimos las asperezas de nuestra voz, acariciamos la pronunciación, ennoblecemos el gesto, endulzamos la sonrisa, escogemos las palabras, sacamos con rapidez maravillosa de la memoria y del corazón todo lo que hay de más fresco y de más amable, y las ideas bajan de la mente escitada, con ímpetu, y el discurso corre un camino fácil como riachuelo que refleja la florida orilla.

¿Puede repetirse aquello que se dice en aquellas horas deliciosas que vuelan como minutos, en aque-

llas conversaciones siempre llenas y ardientes, atravesadas por mil sentimientos, estendidas sobre mil objetos, truncadas y empezadas mil veces, detenidas aquí y allá, con un silencio más placentero que la palabra, ante una dificultad imprevista, melancólica, burlona, fantástica, bañada con lágrimas furtivas y agitada por controversias apasionadas, íntimas como confesiones, alegres como fiestas, vagas como sueños?

Con los amigos no cambiamos más que la moneda del afecto; con aquella amiga cambiamos perlas; todo lo que el mundo llama pueril y que toca las fibras más delicadas de nuestro corazón, aquello que el hombre se avergüenza de decir al hombre; una mezcla extraña, inmensa y triste de recuerdos de familia, de impresiones de la infancia, de recuerdos religiosos, de propósitos de sacrificio, de fantasías de amor, de esperanzas perdidas, de remordimientos y alegrías y locuras de niño, que escondemos constantemente á la amistad viril y que una mujer solo comprende...

¡Ah! Seguramente, de las palabras más sinceras, más elocuentes, más delicadas que han salido de boca de los hombres, una gran parte ha sido dicha á las amigas; á amigas en las cuales moría la juventud, arrojando de vez en cuando sobre un rostro dulce y triste, un rayo fugitivo que teñía la amistad de amor.

\*  
\* \*

¿Y cuántas cosas nos enseñan?

*L'homme es toujours un homme, c'est á dir, un peu butor,*—dice un poeta francés.

El más delicado hombre del mundo es pronto derrotado por una amiga delicada. Mil durezas y vulgaridades, que jamás ha sospechado en sí mismo, se le hacen comprender un día por un velo ligerísimo que pasa sobre la frente del amigo, como la sombra de una ala de golondrina, ó por un movimiento casi imperceptible de su cabeza, semejante al temblor de una hoja.

Por mucho tiempo su amor propio recibirá pequeñas heridas dolorosas.

No lo verá al principio; pero á su pesar deberá persuadirse de que en todo sentimiento y en toda idea la amiga descubre alguna cosa que él no es jamás el primero en descubrir.

Tiene una experiencia del mundo ménos vasta que la suya; pero dentro del propio círculo, más limpia

y exacta. Sobre mil cosas ha pensado más asiduamente y más lucidamente que él.

Como la mano del niño deshace poco á poco el pequeño nudo en que se impacientan inútilmente los gruesos dedos del hombre, así la finura del pensamiento de ella, resuelve de primera intencion, sencillamente, una cantidad de problemas del corazon, delicadísimos, alrededor de los cuales el amigo soberbio se afana en vano con los instrumentos poderosos de su razon.

Ella habla casi siempre mejor que él, con intuicion maravillosa del valor de cada palabra, con adorable arte innato, para atenuar los reproches, para perfumar las alabanzas; para apreciar la burla, para modular las plegarias.

Y hasta el cabo de mucho tiempo el amigo no se percibe de la influencia benéfica que aquella ejerce sobre él; encuentra en sí mismo un tesoro de sentimientos y pensamientos que no han nacido en su alma y se pregunta de dónde vienen y los analiza; y entónces se recogen, se ordenan, y forman como una armonía en su corazon, y esta armonía es aquella voz.

\*  
\* \*

Pero estas amistades verdaderas, no son más frecuentes en el mundo que los verdaderos amores.

La mayor parte son una comedia mal recitada.

¿Quién escribirá un libro sobre los amigos de las mujeres?

¡Son tan variados y curiosos!

El *femenino*, el adorador de mujeres, el cual no quiere amistad, absorto perpétuamente en una adoracion de devoto; contento de respirar la atmósfera en que vive y de hacer el lacayo y el gato de la casa, con las espaldas dobladas y los ojos entornados; el espiritualista, destilador de sentimientos finos, que tiene su amistad á las mujeres á tal altura, dice él, que no pueden llegarle ni siquiera con el pensamiento los más delicados de sus amigos; el vanidoso que busca amistades íntimas de las mujeres, con el solo objeto de hacerlas pasar por amor, que él niega sin embargo obstinadamente, con una delicadeza por la cual pretende ser admirado; el voluptuoso que

busca en aquellas amistades un excitante exquisito á deseos que apaga á veces poco exquisitamente; el envejecido, reducido á hacer el amigo de las mujeres, como el cantante desechado, á hacer el maestro de declamacion, un amigo, que no tolera una broma sobre la pureza de su amistad y sobre la virtud de sus amigas; el amigo profesoral, el académico de la conversacion que tiene necesidad de fáciles admiradoras para esmaltar con ellas, nasalmente la doctrina que los hombres le rebaten...

Hay tambien una gran variedad de viejos: el amigo dulce y venerable, al que son permitidas ciertas caricias que hace con deleite secreto; el pecador de imaginacion, que se regocija con el reflejo de los amores de otros; el amigo austero, guardian del honor de la casa, que vigila con ojos de inquisidor á los amigos jóvenes, en cuya piel quisiera encontrarse; el viejo amigo brioso y amable, que insinúa bajo una amistad, en el fondo sincera, una pequeña intencion de galantería sin esperanza, acogida benévola, como forma lícita de la delicadeza; y, en fin, el amigo verdadero, el viejo amigo de la señora noble de corazon y de palabra, devoto en la adversidad, afectuoso y fiel hasta las últimas horas de la vida...

Y tal vez es justa aquella sentencia: que no se

puede ser amigo verdadero y perfecto de la mujer, sino en la edad en que cesa de preocuparse de la propia persona y se renuncia sinceramente á inspirar amor.





Una sola amistad es fácil á los jóvenes, y poco ménos bella que el amor: la de las amigas lejanas.

Su imágen es más poética que su persona, sus palabras escritas más dulces que las palabras dichas; pero podemos sentir el amor sin hacer morir la amistad.

El beso amoroso estampado sobre la carta, en un momento de emoción, no turba nuestra buena armonía de amigos: ellas no lo sienten más que en la vivacidad impetuosa de la respuesta.

Los deseos que nos inspiraban otras veces con su presencia, se inflaman á veces; pero no encontrando delante más que una imágen, acaban por cambiar y convertirse en ternura.

La ausencia es como un velo blanco y trasparente que rodea á la persona de un misterio delicado, que mantiene vivo en nosotros cierto sentimiento de curiosidad fantástica y de juvenil respeto más grato al corazón que la antigua franqueza.

La pluma puede hacer las caricias vedadas á la mano.

Escriben mejor que nosotros cartas armoniosas y ligeras, en que el pensamiento se muestra apénas, y huye, como para hacerse seguir del nuestro; y se siente el efluvio de sentimientos no expresados, que se buscan entre palabra y palabra, como violetas entre las hojas; y las palabras borradas hacen trabajar mucho tiempo la cabeza, como voces inarticuladas que huyen á un amante en el sonido.

Cartas acariciadoras y dulces que adormecen el dolor, como el canto de una madre; palabras de un lenguaje indefinible que el hombre entiende, pero no habla; murmullos del alma, que la música sólo puede traducir á los sentidos...

Pero los años pasan, y las cartas se hacen tristes: la amiga ha sido herida por el amor, ó en los sentimientos de la familia, ó en.... Pero jamás se aparta de la memoria. Queda como una luz llena de poesía en nuestra vida: las cartas de las amigas no se quemán como las cartas de las amantes; las nubes pasan y el horizonte azul vuelve á aparecer.



Pero si cada uno de nosotros debiera contar la historia de sus amistades femeniles frustradas...

Pensad un instante y acudiré á vuestra memoria el índice de una novela semiséria que haría ruido: amistades purísimas que ardieron secretamente como larguísima mecha subterránea, por meses y por años, y que despues estallaron de repente, como monton de pólvora, en un amor desesperado de que el amigo y la amiga permanecieron los primeros, maravillados como de un prodigio psicológico; amistades groseras y estúpidas cultivadas como hongos, sobre el tronco de una pasión amorosa, y arrojadas despues con desprecio; amistades poético-dramáticas, de género contrahecho, sostenidas por lo sério durante cierto tiempo y despues truncadas por un brusco acceso de risa; amistades severas y hermosas, que nuestra juventud impaciente destrozó para siempre de un golpe; amistades ambíguas, espirituales y pecaminosas á un tiempo reguladas por ciertos esta-

tutos del otro mundo, contínuamente violados y obedecidos, segun el estado de los nervios; amigas adoradas durante siete días, como mujeres sublimes, y despues olvidadas completamente; y una procesion bufa de maridos mal persuadidos de nuestra psicología, y de amigas de las amigas, ménos persuadidas que los maridos, y de amigos rivales, ménos persuadidos que todos, que hacen la amistad más tempestuosa que el amor...

No, una verdadera amistad entre hombre y mujer, en la edad en que es todavía posible que sea creída, no es más que un caso; requiere por ambas partes condiciones de índole, de familia y de vida, poco ménos fáciles de encontrarse unidas, que las que se requieren en dos artistas de ingénio para que puedan trabajar juntos en una sola obra de arte.

Son pocos los hombres que hemos tenido tales amistades.

¡Y afortunados ellos!

Porque esa amistad deja, en quien la ha poseído, una huella imperecedera de delicadeza; de la cual se encuentra todavía alguna cosa hasta en medio del fango de las más viles pasiones y bajo las ruinas de honor.

